

CHARLES DICKENS Y EL LONDRES DE BAROJA Y PÉREZ DE AYALA

ROCÍO G. SUMILLERA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Es posible especular que, quizá, una tradición crítica sobre la influencia de Londres y/o la visión de Londres en la literatura española hubiera ganado mayor fuerza de haber escrito Benito Pérez Galdós el libro sobre Londres que había proyectado y que, por desgracia, jamás llegó a comenzar (Dooley, 1980: 311).¹ En efecto, Benito Pérez Galdós conoció bien Londres y muchos otros lugares de Inglaterra, a donde realizó tres viajes: el primero, en 1883 a instancias de su amigo José Alcalá Galiano, cónsul en Newcastle-upon-Tyne desde 1882 hasta 1900; el segundo, en 1886, y el tercero, en 1889. Al parecer, Galdós llegó a preferir Londres a París (Dooley, 1980: 311). Pérez Galdós en absoluto fue un turista cualquiera en Londres, pues antes incluso de poner un pie en Inglaterra ya era un profundo conocedor de la capital a través de la obra de Charles Dickens. Es más, Galdós no fue solamente un extraordinario lector de su homólogo inglés (hoy es casi un cliché decir que Galdós es a Madrid lo que Dickens es a Londres; o, dicho de otro modo, Madrid es para Galdós lo que Londres es para Dickens), sino que quince años antes de su primer viaje a Inglaterra Pérez Galdós ya había traducido los

¹ El libro de Marga de Luis Botín, *Españoles en el Reino Unido: breve reseña, 1810-1988* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad, 1988), es una buena muestra de la notable presencia de escritores y periodistas españoles en Inglaterra desde comienzos del siglo XIX –si bien la presencia de éstos en Reino Unido se remonta a siglos anteriores. Muchos de ellos tratan en sus obras de Londres y de la vida y gentes de Inglaterra.

Papeles de Pickwick. Como resultado, cuando Galdós viajó a Londres “se lanzó de lleno a descubrir el Londres dickensiano”, “caminando por las calles londinenses siguiendo las huellas de Dickens” (Dooley, 1980: 311). La admiración de Galdós hacia Dickens es manifiesta en, por ejemplo, las siguientes líneas que escribió cuando, poco después de la muerte de Dickens, Galdós se topa en la Abadía de Westminster con la sepultura del novelista inglés:

La última vez que visite la Abadía vi en el suelo del *Rincón de los Poetas* una sepultura reciente; en ella trazado, al parecer con carácter provisional, leí esta inscripción: *Dickens*. En efecto, el gran novelador inglés había muerto poco antes. Como este fue siempre un santo de mi devoción más viva, contemplé aquel nombre con cierto arrobamiento místico. Consideraba yo a Carlos Dickens como mi maestro más amado. En mi aprendizaje literario, ..., apenas devorada *La Comedia Humana*, de Balzac, me apliqué con loco afán a la copiosa obra de Dickens. Para un periódico de Madrid traduje el *Pickwick*, donosa sátira, inspirada, sin duda, en la lectura del *Quijote*.² ... Depositando la flor de mi adoración sobre esta gloriosa tumba, me retiré del panteón de Westminster... (Pérez Galdós, 1975b: 261)

Debido a que Benito Pérez Galdós viaja a Londres habiendo leído vastamente sobre la ciudad de Dickens, conociendo pormenorizadamente tanto lugares como tipos, nuevamente es lícito especular que más que un descubrimiento de Londres se produce, en el caso de Galdós, un doble fenómeno de un cariz distinto al de un turista ignorante por completo de lo que se encontrará en la capital. Por una parte, encontramos la confirmación de la existencia de Londres como lugar real más allá de la ficción levantada por Dickens; por otra, se produce la percepción del Londres “real” a través de la ficción de Dickens—lo que también implica darse cuenta de divergencias entre el Londres “real” y las imágenes mentales nacidas de la lectura y previas a la visión física. En otras palabras, las obras de Dickens se convierten en un filtro a través del cual el lector que primero ha conocido el Londres sobre el papel percibe e interpreta

² En este sentido, el crítico José Alberich se pregunta lo siguiente: “¿No es Mr. Pickwick un Quijote traducido de la caballería andante a la generosidad bonachona del burgués decimonónico? ¿No es Mr. Pickwick un Don Quijote rebajado de tono y trasplantado a la Inglaterra del siglo XIX?” (Alberich, 1956: 267). Sobre este tema ver también (Goestch, 2005).

posteriormente el Londres tridimensional.³ Es más, Dickens no sólo actúa como lente a través de la cual se observa Londres sino, a menudo, también a los londinenses y al pueblo inglés en general. Así, al visitar la casa de Shakespeare en Stratford-upon-Avon, Galdós no puede evitar hacer el siguiente comentario respecto de algunos huéspedes del hotel donde se hospedó:

En el comedor del hotel encuentro tipos de los que Dickens nos ha hecho familiares. La raza inglesa es poco sensible a las modificaciones externas impuestas por la civilización. En algunos he creído encontrar aquella casta de filántropos inmortalizada por el gran novelista, y les he mirado las piernas esperando ver en ellas las famosas polainas de Mr. Pickwick. (Pérez Galdós, 1975a: 158)

Más aún, el edificio mismo del hotel donde se hospeda en aquella ocasión es visto por Benito Pérez Galdós como sacado de Dickens: “[La posada] es más bien una de aquellas cómodas hosterías que describe Dickens en sus incomparables novelas” (Pérez Galdós, 1975a: 157).⁴

La fórmula que podemos denominar “descubrimiento por reconocimiento” de Londres a través de la obra de Dickens se repite en el caso de Pío Baroja. Al igual que Galdós, Pío Baroja es un ávido lector de las obras de Dickens, y sus dos viajes a Inglaterra se producen cuando su admiración por el escritor inglés ha sido confirmada por numerosas lecturas; lo que es más, la razón de los viajes a Inglaterra de Baroja es, precisamente, su honda admiración por Dickens y su voluntad por ver con sus propios ojos los escenarios en que se desarrollaron las narraciones del inglés. De hecho, de la lista completa de los autores de habla inglesa en la biblioteca de Pío Baroja

³ Para más información acerca de la influencia de Charles Dickens sobre la obra de Benito Pérez Galdós, es posible consultar el libro de Timothy Michael McGovern (2000), o el artículo de Effie L. Erickson (1936). Por otra parte, en el artículo de Chad C. Wright (1979) se centra en las huellas de Dickens en *La Fontana de Oro* de Galdós –no en vano, al mismo tiempo que Galdós estaba escribiendo esta obra en 1868 también estaba enfrascado en la traducción de *Pickwick Papers* para *La Nación*. Rodolfo Cardona (1988), por su parte, pone de manifiesto la influencia de *Great Expectations* de Dickens sobre el *Mendizábal* de Galdós. Por último, Linda M. Willem (1992) discute los paralelismos entre el texto (reconstruido) de *Rosalía* y la obra de Dickens, especialmente, *Pickwick Papers*.

⁴ Recientemente, la influencia de Dickens sobre Galdós ha sido tratada en los capítulos de Tambling (2013), y de Galván y Vita (2013), quienes también se refieren al impacto de Dickens sobre Baroja.

en Itzea (la mayoría de los cuales son novelistas ingleses), Dickens es el más representado con un total de 26 obras—seguido de Oscar Wilde, con 17; de R. L. Stevenson, con 16; de R. Kipling, con 15, y de otra serie de autores (Lecuona Lerchundi, 1993: 205).⁵ Debido a que Baroja apenas sabía inglés, la mayoría de las obras de estos autores las leyó traducidas, por lo que solamente hay cuatro ejemplares de obras de Dickens en inglés (tres de los cuatro son primeras ediciones), sin duda comprados por cuestiones emocionales y bibliófilas más que de cualquier otra índole. Estos cuatro volúmenes son *The Posthumous Papers of The Pickwick Club*, *Life and Adventures of Nicholas Nickleby*, *David Copperfield* y *Bleak House*.⁶ Curiosamente, todas las traducciones de Dickens que Baroja poseía son francesas y ninguna española, a pesar de que efectivamente para esa fecha existían numerosas traducciones de obras de Charles Dickens al castellano.⁷ Con certeza se puede afirmar, pues el mismo Baroja lo explica así en sus memorias, citadas más abajo, que para cuando Baroja visita Londres por primera vez en 1906, ya había leído, por lo menos, *Pickwick Papers*, *Martin Chuzzlewitz*, *Dombey and Son*, *Bleak House*, *The Old Curiosity Shop* y *David Copperfield*.

En el prólogo a *La dama errante* (1908), Baroja habla de sus influencias literarias, colocando a Charles Dickens en primer lugar: “Mis admiraciones en literatura no las he ocultado nunca. Han sido y son: Dickens, Balzac, Poe, Dostoievski y, ahora, Stendhal” (Baroja, 2008b: 6). No en vano, diversos críticos han señalado las similitudes entre obras de Dickens y Baroja, y la influencia del primero sobre las novelas y relatos breves del segundo. Así, por ejemplo, Pedro J. Duque (1974) habla de numerosos “puntos de afinidad y coincidencia” entre ambos autores:

Ambos tienden al humor sentimental; los dos sienten la compasión por los pobres, defienden por igual a los desheredados de la fortuna y se ocupan de los bajos fondos; insisten del mismo modo en denunciar los males de la sociedad en que viven y son implacables con las superestructuras sociales; y así como ninguno de los dos se da la

⁵ El lector encontrará información detallada acerca del contenido de la biblioteca de Baroja en José Alberich (1966).

⁶ Para una lista de los títulos de las obras de Dickens que Pío Baroja guardaba en su biblioteca, ver (Lecuona Lerchundi, 1993: 379-381).

⁷ Como pone de manifiesto el artículo bibliográfico de Juana de José Prades (1958), que consiste en una relación bibliográfica de las traducciones de los libros de Dickens al español hasta 1958.

menor importancia, ninguno de ellos da mayor realce a la vida íntima de la familia; ambos, finalmente, prefieren el tipo de novela de argumento disperso. (Duque, 1974: 101)

El crítico José Alberich ha encontrado la misma similitud entre ambos: “En lo que tal vez coincidan mejor Dickens y Baroja es en la actitud moral, y, sobre todo, en la piedad por el hombre caído; honda piedad ésta, que no descansa sobre razones filosóficas ni religiosas, pero que es profundamente cristiana, incorporada al mecanismo psíquico de ambos autores por una tradición espiritual de veinte siglos” (Alberich, 1956: 277). Por supuesto, Pedro J. Duque también encuentra diferencias entre el autor inglés y el vasco, pues “Baroja, sin dejar de ser sentimental, lo es en mucho menor grado que el inglés; Baroja es más filósofo y menos moralista que Dickens” (Duque, 1974: 101).⁸

El primer viaje de Pío Baroja a Londres tiene lugar en 1906 y dura tres meses. En sus memorias, publicadas en los años 40, Baroja se refiere así a los motivos de este viaje:

Supongo que en 1905 o en 1906 fui a pasar una temporada a Londres. No llevaba un plan concreto; pero quería ver Londres, por si había algo que hacer allí que me conviniera.

...

Tenía, por otra parte, deseo de ver un poco de Inglaterra, porque he sido entusiasta de su literatura, especialmente de las novelas de Dickens.

Me encantaba pensar el recorrer los rincones que había descrito este maestro de la novela inglesa.

Evidentemente, no tenía una atracción tan varia por Londres como había tenido por París. Mi interés por Londres venía, especialmente, de un autor, y mi curiosidad por París provenía de muchos, y no sólo de grandes escritores, sino también de escritores medianos y de folletínistas. (Baroja, 1978d: 765)

⁸ Como el objeto de este artículo no es señalar los puntos de coincidencia (o divergencia) entre las obras de ambos autores sino tratar de la visión dickensiana que Baroja tiene de Londres y de sus habitantes, remito al lector interesado en este asunto de las influencias a Duque y (Lecuona Lerchundi, 1993: 329-370), quienes lo discuten detenidamente. Lecuona Lerchundi se centra en un estudio comparativo entre, por una parte, *Pickwick* y *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*; y, por otra, *Oliver Twist* y la trilogía de *La lucha por la vida: La busca, Mala hierba y Aurora roja*.

En efecto, la razón fundamental por la que Londres despierta interés en Baroja es Dickens; así, Dickens es, según la cita anterior sugiere, prácticamente la única fuerza literaria que atrae a Baroja hacia Londres, a diferencia de lo que le ocurre con París, al ser sus influencias francesas múltiples y variadas. La manera en que Baroja se mueve por Londres una vez estando allí tampoco ofrece dudas acerca de sus propósitos y los motivos que le llevaron a realizar su viaje. En sus memorias Baroja dice lo siguiente:

Yo intenté ver todo lo que pude en Londres, sin mucho prejuicio y sin pretensiones de explicaciones psicológicas. Visité algunos de los sitios descritos por Dickens en sus novelas, y me pareció que ese guía era bastante para mí. (Baroja, 1978d: 770)

Baroja se presenta así, según la cita anterior, como un turista que, “sin mucho prejuicio y sin pretensiones de explicaciones psicológicas”, se limita a recorrer una ciudad en busca del rastro de la ciudad de Dickens—tal vez porque el Londres real no le interesa tanto como el Londres según Dickens. Baroja no aspira por tanto a realizar un minucioso tratado sobre el carácter y las costumbres inglesas, sino más bien a descubrir el entorno de unos personajes de ficción y a imaginárselos en él. De que el itinerario de Baroja en Londres estaba orientado a encontrar en lugares físicos reales los descritos en las páginas firmadas por Dickens no puede haber la menor duda. En efecto, Baroja se lanzó de lleno a la búsqueda de sus rincones dickensianos favoritos, que en sus memorias enumera extensamente; la siguiente cita selecciona fragmentos de una larga y emocionada descripción:

Quise darme cuenta de dónde estaba la casa de Todgers. La descripción de los alrededores de la casa de Todgers, hecha por Dickens en *Martin Chuzzlewitz*, es una de las más clásicas y felices del viejo Londres. Esta casa de huéspedes, metida en un laberinto de pasadizos, de pequeños cementerios con hierba, de tiendecillas de fruta, almendras y naranjas, de grúas, de pequeñas fuentes, de rincones con carros y de tabernas por todas partes, es admirable.

Yo no pude identificar el sitio. ... Recuerdo otros rincones dickensianos: el almacén de antigüedades, que, al parecer, existe aún; la tienda de objetos de náutica del pequeño aspirante de Marina y las proximidades del jardín de Lincoln's Inn Field, que aparecen en varias de las novelas del autor inglés.

Los libros que había leído por entonces de Dickens, y que más me gustaban, eran *Pickwick*, *Martin Chuzzlewitz*, *Dombey e Hijo* y *Bleack-House*. Todo ese rincón del Temple, con sus edificios y sus plazuelas, es muy bonito, muy shakespeariano y muy dickensiano. Pasaba por calles antiguas, en donde se veían grupos de abogados con pelucas.

...

Ducanon Street seguía teniendo el túnel en el cual el mentiroso Jingle, de la novela *Pickwick*, cuenta una historia fantástica

Algo hacia el norte de la ciudad está Goswell-Road. La parte sur antes se llamaba Goswell-Street, y es donde vive Pickwick con la señora Bardell. En una calle corta, al norte de Kingsgate-Street, ahora unida a Southampton-Road, está la casa de la enfermera Sarah Gamp, de *Martin Chuzzlewitz*, tipo de vieja inglesa aficionada al alcohol, que no quiere que la inviten a beber, sino que le pongan la botella sobre la chimenea, en el cuarto del enfermo a quien tiene que cuidar. (Baroja, 1978d: 770-771)

Según dice en sus memorias, al mes de estar en Londres, Baroja se da cuenta de que la ciudad, entendida como espacio más allá de las novelas de Dickens, “era un mundo imposible de explorar ni en meses ni en años; un mundo envuelto en oscuridad, en niebla, con distancias inabarcables, con unos contrastes de miseria y de riqueza que no había en parte alguna” (Baroja, 1978d: 770). La novela *La ciudad de la niebla*, continuación de *La dama errante* y parte de la trilogía *La raza* (a la que *El árbol de la ciencia* también pertenece), se publica en 1909 y contiene muchas de las impresiones de este primer viaje a Londres de Baroja. *La dama errante* narra las aventuras de la joven María Aracil y de su padre, el doctor Aracil, cuando salen a escondidas de Madrid con dirección a Portugal huyendo de la policía, pues el doctor es tomado por cómplice del terrorista anarquista Nilo Brull, quien pone una bomba al paso del rey Alfonso XIII. El inicio de la trama argumental de *La dama errante* se basa, pues, en el atentado sucedido en Madrid el 31 de mayo de 1906 con ocasión de la boda de Alfonso XIII y Victoria Eugenia, y perpetrado por el anarquista catalán Mateo Morral. *La ciudad de la niebla* retoma la trama de *La dama errante* en el momento en que los protagonistas llegan a Londres desde Lisboa a bordo del *Clyde*. En esta segunda parte de la trilogía se cuenta lo sucedido a estos dos personajes en Londres, el desarrollo de sus vidas en esta ciudad y sus impresiones acerca de la misma.

En *La ciudad de la niebla*, el personaje secundario del señor Roche, un escocés al inicio de la novela casado con una mujer que le desprecia, es un fervoroso lector de Dickens—de él María Aracil llega a decir que “leía casi exclusivamente el *Quijote* y las novelas de Dickens” (Baroja, 2008a: 166). El señor Roche, en sus múltiples paseos con María por Londres, repetidamente le señala los rincones de la ciudad descritos por el escritor inglés. María dice lo siguiente al respecto de uno de estos paseos:

Me llevó también a ver los rincones descritos por Dickens, el almacén de antigüedades próximo a Lincoln’s Inn, la tienda de objetos de náutica del Pequeño Aspirante de Marina de la calle Minories, y me mostraba la gente sin hogar esperando el momento de entrar en el Workhouse, y el barrio italiano entre Clerkenwell Road y Rosebery Avenue, con sus tiendecillas, en donde se vende polenta, mortadela y macarrones; sus bandadas de chiquillos sucios y sus mujeres peinándose en la calle. (Baroja, 2008a: 174)

En otras ocasiones, es la propia María la que reconoce el paisaje inglés que la rodea como sacado de una obra de Dickens. Así, por ejemplo, cuando visita a su amiga Wanda en el campo a las afueras de Londres, no puede evitar preguntarse lo siguiente en el viaje de regreso a la ciudad:

¿Estamos delante de una de esas viejas y amables viñetas románticas que representan con tanta ingenuidad la vida humilde y simpática del campo? Esa posada, ¿es, por ventura, la del Dragón Azul, tan admirablemente descrita por Dickens en *Martin Chuzzlewit*? Ese cochero gordo, ¿no será el padre de San Weller? ¿No iremos a ver la diligencia vieja con sus postillones elegantes, en donde huye Jingle de la severidad de Pickwick, o en donde el pequeño Copperfield va a buscar fortuna? (Baroja, 2008a: 201)

Curiosamente, estas observaciones de María Aracil son prácticamente idénticas a las de Baroja en sus memorias cuando describe la campiña inglesa cercana a Londres:

En el campo próximo a Londres, las sugerencias y los recuerdos de Dickens son muy abundantes.

¿Esa posada es, por ventura, la del Dragón Azul, tan admirablemente descrita en *Martin Chuzzlewitz*, y en donde Mark

Tapley, el criado, busca las situaciones difíciles para tener el mérito de mostrarse jovial?

Ese cochero gordo, ¿no será el padre de Sam Weller? ¿No vamos a ver la diligencia vieja, con sus postillones elegantes, en donde huye Jingle de la severidad de Pickwick, o en donde el pequeño Copperfield va a buscar fortuna? (Baroja, 1978d: 771)

La oposición entre campo y ciudad que establece Baroja en sus descripciones de Inglaterra es también en cierto modo heredada de Dickens. Si bien Dickens describe las bulliciosas calles londinenses, su pobreza, su miseria y suciedad, la campiña inglesa aparece en su obra como un lugar bello y de retiro y descanso para sus personajes. La idealización del campo en Dickens supone la descripción de una idílica vida rural como alternativa a la enloquecedora y cruel dinámica de la capital (Fludernik, 2008; Baumgarten, 2001).⁹ En Dickens, la ciudad es el lugar de las injusticias y las privaciones, de la pobreza. Dickens muestra en su obra esa nostalgia y esa visión romántica, casi pastoril, de la vida rural, que comparte la sociedad victoriana en general en un momento en que Inglaterra experimenta grandes cambios en poco tiempo; la nostalgia se convierte, pues, en un sentimiento compartido por un pueblo que es testigo de cómo la modernidad llega arrolladoramente.¹⁰ La lista anterior de interrogaciones literarias abiertas por María es interrumpida abruptamente por ella misma de la siguiente manera:

No hay tiempo de hacerse esta ilusión. El tren parte y deja pronto atrás el pueblecillo; la tarde muere. Una estrella comienza a temblar en el crepúsculo; las ventanas se iluminan. El campo ha desaparecido; entramos en la ciudad...Y empiezan a aparecer barriadas inmensas, monótonas, de casuchas bajas, feas, iguales, todas grises y negras, con sus patios cuadrados y sus chimeneas humeantes, tristes colmenas construidas por hombres que se creen filántropos. (Baroja, 2008a: 201-202)

En efecto, la pobreza y miseria de Londres, la terrible situación de muchos niños, el maltrato a las mujeres y el infantil, el alcoholismo

⁹ Además, la diferente percepción del campo y la ciudad por parte de Dickens queda patente en las obras ilustradas de Davidson (1908, 1910).

¹⁰ Para más información sobre la nostalgia social en la época victoriana, ver Colley (1998); particularmente sobre la nostalgia y la ficción inglesa del XIX, incluida la de Dickens, consultar Dames (2001).

y los problemas derivados del mismo, también encuentran reflejo en la novela de Baroja, no tanto por el hecho de ser temas recurrentes en Dickens (y que por tanto Baroja sintiera que debía comentarlos él también) como por la honda impresión que genuinamente le causan al escritor vasco aún sabiendo de su existencia por el inglés antes de verlos él mismo. En este sentido, el personaje de María describe con una mezcla de sorpresa, pena y espanto los alrededores de Covent Garden y los tipos de gente pobre que allí se concentran:

Al anochecer, estas calles próximas al mercado de Covent Garden se animaban; de los portales salían mujeres gordas, jovencitas cubiertas de harapos y una nube de chiquillos andrajosos. Estos chiquillos no tenían el aire ligero y alegre de los chiquillos pobres de España; eran sucios, tristes; las chicas parecían aplastadas por una boina grande de punto; los chicos, huraños y quietos, apenas jugaban.

... El aprendizaje en la vida de estos chiquillos debía de ser terrible.

...

Por todo el barrio, en las casa y en las tabernas, se oían riñas y disputas. Los hombres pegaban a las mujeres y a los chicos con una brutalidad terrible. Era triste ver en medio de esta civilización tan perfecta en tantas otras cosas, que se maltrataba a los niños como en ningún pueblo del mundo. (Baroja, 2008a: 263, 265)

Observaciones de este tipo han llevado a críticos como José Alberich a resaltar la impresión negativa que produjo Londres en Baroja tras su primera visita, argumentando que en *La ciudad de la niebla* “los pasajes en que Iturriz da rienda suelta a su entusiasmo por el poderío industrial y comercial de Inglaterra son bastante más escasos que aquellos en que el doctor Aracil critica agriamente la monotonía y la fealdad socialista de la vida de la ciudad” (Alberich, 1966a: 141). En otro artículo sobre Unamuno, Baroja, e Inglaterra, este crítico vuelve a insistir en la misma idea:

Al visitar Inglaterra, Baroja sufrió una profunda decepción. La Inglaterra actual no es la ‘merry England’ de Dickens, ni mucho menos la de Scott. Los ingleses de hoy no tienen por ideal al tipo humorista dickensiano. Prefieren tomar como modelo al burgués europeo y persiguen un ideal de ‘mediocre elegancia pseudogriega’. (Alberich, 1956a: 278)

No creo, sin embargo, que haya que otorgarle más carga autobiográfica a las opiniones de Aracil que a las de Iturrioz, y tampoco creo que, después de leer a Dickens (y a pesar de los cambios que Londres había sufrido en el tiempo que separa a ambos autores), Londres supusiera una sorpresa tan desagradable como José Alberich da a entender. Al fin y al cabo, el Londres de Dickens dista de ser un escenario idílico, como se ha explicado más arriba.¹¹ Lourdes Lecuona Lerchundi asimismo habla de la impresión negativa que Londres le produce a Baroja en algunos aspectos, y dice que dichos rasgos negativos no le podían haber resultado inesperados—ciertamente no podían serlo tras la lectura de Dickens:

En su viaje a Londres de 1906, la impresión que Baroja recibe de la ciudad del Támesis—“la ciudad de la niebla”—está determinada decisivamente por ese fuerte y escandaloso contraste entre grandeza y miseria, apariencia y realidad, tradición e hipocresía, que una ciudad como la capital británica puede ofrecer. Baroja no puede menos de reaccionar negativamente ante un mundo de convencionalismos y de respeto a las formas tras del cual se esconde demasiado a menudo la más cruel hipocresía. No queda apenas resquicio para la matización. (Lecuona Lerchundi, 1993: 137)

Es complicado fechar con precisión el segundo viaje de Baroja a Londres (incluso en sus *Memorias* aparece como un dato borroso), y se especula que pudo producirse en algún momento entre 1937 y 1939 (Lecuona Lerchundi, 1993: 37).¹² A diferencia de su primer viaje, en el que se limitó a visitar Londres, en el segundo Baroja amplió su conocimiento de Inglaterra, llegando hasta Cornwall hacia el oeste, y hasta Leeds hacia el norte. A este segundo viaje se deben, pues, *Los impostores joviales* y “Los espectros del castillo”, que describen una Inglaterra que va más allá de Londres y sus alrededores. De hecho, *La ciudad de la niebla* es la única obra de Baroja cuya acción tiene como escenario absoluto Londres, mientras que en otras en las que la acción se desarrolla parcialmente en Inglaterra, Londres es solamente uno de los fondos de escena. Por ejemplo, tanto en *Los impostores joviales*

¹¹ La bibliografía acerca del Londres de Dickens, o de la percepción de Londres por Dickens, es vastísima. Aquí me limito a recomendar algunos estudios: Tambling (2012); Jackson (2012); Clark (2012); Sicher (2003); Baumgarten (1998); Welsh (1968).

¹² Corrales Egea (1972) dedica una considerable porción de su artículo a discutir la cronología de los viajes de Baroja a Londres.

como en *Laura, o La soledad sin remedio*, “Los espectros del castillo”, o *El hotel del cisne*, aparecen Londres y Dickens, y nuevamente las obras y personajes de este último ayudan a percibir y, de alguna forma, comprender, la ciudad, la sociedad inglesa en general, y algunos caracteres en particular.

Los impostores joviales (1938), cuya acción se desarrolla más en un castillo en Devonshire que en Londres, cuenta la historia de una anciana normanda que pierde a su nieto predilecto en un naufragio cuando éste se disponía a regresar a Europa desde el continente americano. La anciana rechaza la posibilidad de la muerte del nieto, Carlos Seymour, y, albergando la esperanza de que vive, paga grandes sumas de dinero a la sociedad “Las alas de la esperanza”, supuestamente especializada en encontrar a desaparecidos, para que dé con él. La fraudulenta sociedad termina por enviarle a la anciana a un joven amnésico que cree poder ser Carlos Seymour. En realidad, no se trata de Carlos Seymour sino de Carlos Kramer, un violinista polaco que, estando en una situación complicada, decide participar en la estafa y así huir a Europa. En la narración acerca de la desaparición de Carlos Seymour, Dickens está presente en diversas formas. En primer lugar, porque el narrador advierte que Carlos, con ambiciones literarias, llegó a conocer al mismísimo Dickens, al cual, al igual que Baroja, admiraba sinceramente:

Carlos Seymour se reveló escritor demócrata y entusiasta del pueblo, lo cual no le quitaba sus sentimientos aristocráticos. Había publicado impresiones de la vida londinense con un seudónimo y había visitado a Carlos Dickens y a Thackeray, que le recibieron muy bien y le animaron a seguir cultivando la literatura popular.

Shakespeare, Byron y Dickens eran los héroes de Carlos. ...

Pero ¿qué se iba a hacer en Inglaterra en poesía después de Burns, de lord Byron, de Shelley, de Tennyson, y en novela después de Defoe, Walter Scott y Dickens? Evidentemente, muy poca cosa. (Baroja, 1978c: 84-85)

A pesar de admitir su inferioridad con respecto a los grandes nombres de la literatura inglesa, Carlos Seymour habló de Londres en sus escritos a la manera de Dickens:

Londres, esta gran ciudad de los contrastes, le inspiró. Hizo estudios sobre la vida popular londinense, y describió con ingenio los cantantes de las calles, los negros músicos, pintados, que tocaban la

guitarra. También hizo artículos sobre los lugares descritos por Dickens en la capital y en los pueblos, como Yarmouth, Dover y Rochester. (Baroja, 1978c: 85)

Cuando el violinista polaco se presenta ante la anciana como Carlos Seymour, el abogado de la familia le lleva por lugares de Inglaterra que Carlos conocía bien con el fin de, o bien refrescarle la memoria (en el caso de que se tratara realmente de Carlos Seymour), o bien confirmar que tenía frente a sí a un impostor. Como el abogado es entusiasta de Dickens y conoce además la debilidad de Carlos Seymour por tal escritor, al hacer de guía subraya a cada paso las resonancias dickensianas del paisaje, lo cual sin duda Carlos Seymour habría podido apreciar fácilmente. Sin embargo, ni los lugares visitados ni ninguna de las alusiones literarias le son familiares al supuesto Seymour, lo que le lleva a pensar al abogado Crawford que está tratando con un farsante:

En la calle Minories, delante de una tienda de óptica, le habló del Pequeño Guardia de Marina de *Dombey e Hijo*; en el jardín de Lincoln's Inn Fields, del *Almacén de antigüedades*, de la tienda de Krooq el *Trapero* y de la casa de miss Flite, que aparecen en la novela *Bleak-House (La casa fría)*. Le mostró también la Feria del Harapo, en la calle de Middle Sex, antes llamada Petticoat Lane.

Los vendedores de libros viejos, que vendían sus géneros arengando a la multitud y diciendo chistes y contando anécdotas, le recordaban al abogado muchos de los tipos de Dickens; pero al joven Carlos no le recordaban nada. Las casas de ladrillo del East End, con sus cuartos pequeños, con sus cortinas rojas y cortinillas blancas, con algún jardín minúsculo, próximas al Támesis, le hablaban a Crawford del personaje de la novela *Las grandes esperanzas*; pero a Carlos no le sugerían recuerdo alguno.

...

Estuvieron también en Yarmouth, en el mar del Norte, en la embocadura del Yare, ciudad que tiene una columna a la gloria de Nelson; vieron el barrio de pescadores, las calles viejas y tortuosas, y el abogado hizo alusiones a escenas del *David Copperfield* ocurridas allí. (Baroja, 1978c: 94-95)

Lo curioso de este párrafo es que, como se pone de manifiesto, en la obra de Baroja no son solamente personajes extranjeros los que interpretan Londres y sus habitantes a través del “filtro Dickens”, sino que también los personajes ingleses barojianos ven Londres e

Inglaterra a través de dicho escritor. Algo similar ocurre en la novela *Laura, o La soledad sin remedio*, terminada de escribir en 1939. En un momento de la historia, Laura, la protagonista, estando en Londres, va a una reunión en un palacio donde conoce a María Victoria, otra española prometida a un inglés. María Victoria, que lleva mucho tiempo en Inglaterra, le presenta a muchos de los invitados a la reunión, siendo uno de ellos lo que María Victoria califica como “un inglés clásico de novela de Dickens”, debido a que, como se aclara acto seguido, “se hallaba escribiendo un diccionario de los clubs y de los coleccionistas que habían existido en Londres, y hablaba de ello con fruición” (Baroja, 1978a: 265).

El medio rural inglés de nuevo aparece en el relato “Los espectros del castillo”, incluido en *Otros cuentos* y publicado en 1941, donde el protagonista (un médico de Madrid que se muda a Inglaterra donde sobrevive dando clases de español en Londres) va de excursión al campo en automóvil con unos amigos. Entre las impresiones del viaje y del paisaje encontramos la siguiente observación:

Pasamos por delante de yo no sé cuántas posadas, que tenían a la puerta un poste, y en él, un letrero. Como yo entonces estaba aprendiendo el inglés, los leía y los traducía.

Recuerdo que leí estos rótulos: La Fonda de Oro, El Corazón Negro, La Liebre y los Perros, Jorge y el Dragón, El Unicornio, Las Armas de Baco, Los Tres Marineros, El Perro y el Pato, La Corona y el Presidente, La Espada Real, Los Francmasones, El Ciervo Blanco, El Remo de Plata, El Dragón Verde, El Antílope, Las Llaves Cruzadas, El Caballo Volador, El Ancla Azul, El Sol Levante, El Gran Nelson, El Viejo Navío, etc.

Todos estos nombres tan dickensianos se me figuraba que no se armonizaban muy bien con nuestra época de mecánica y de gasolina. (Baroja, 1978d: 1053)

Esta observación pone de manifiesto que si, en efecto, Baroja mira a Inglaterra a través de Dickens, lo hace sin olvidar que entre este filtro literario y la Inglaterra que él se encuentra necesariamente existen diferencias debido al paso del tiempo. Más aún, el mismo Baroja se da cuenta de cambios producidos en Londres entre su primera y segunda visita, pues como explica en sus memorias, años después de su primera visita, “el ambiente no era tan sucio, y las calles londinenses, por lo menos las del centro, comenzaban a tener el aire más claro y las fachadas más limpias” (Baroja, 1978d: 770). Dickens,

por tanto, es el exponente de un Londres y una Inglaterra pasados que Baroja no obstante encuentra, en no pocos trazos aunque con naturales modificaciones, perviviendo en el Londres y la Inglaterra que él conoce. A pesar de la distancia temporal, Dickens continúa siendo de utilidad a Baroja a la hora de desenvolverse e interpretar el país, y, a pesar del paso de los años, y del inevitable cambio, Pío Baroja sí logró reconocer el Londres de Dickens en sus largos paseos por el Londres real.

Por último, a pesar de que la novela *El hotel del cisne* (1946) transcurre en París durante la segunda guerra mundial, encontramos igualmente referencias a Dickens cuando se habla de Inglaterra. La obra, que tiene como protagonista a un bonaerense al que el autor del “Prólogo” llama Procopio Pagani, está compuesta en gran parte por la narración de los sueños de Pagani, quien toma nota de ellos al despertar por recomendación del autor del prólogo. Asimismo, la novela describe el clima de tensión que viven los habitantes del hotel y presenta a una importante serie de personajes secundarios, entre ellos, a un francés llamado Tom Ship/Juan Mulot, que marchó a Londres a estudiar a los *clowns* y dejó de lado el negocio familiar. Este Tom Ship/Juan Mulot, hablando de su estancia en Inglaterra, reconoce que durante ese periodo de su vida leyó bastante literatura inglesa, comentario que da pie a la siguiente conversación:

–Leyó usted mucho Shakespeare?

–Sí, y también a Dickens. De sus novelas: *Pickwick*, *Bleak-House* y *Dombey e hijo*, las he leído muchas veces; me han dejado una impresión vaga y maravillosa, como cuentos de hadas. Lo demás de la literatura inglesa no me divierte.

–A mí me pasa lo mismo–dije yo.

–¿Es que creen ustedes que Dickens es superior a los demás escritores ingleses?–preguntó Gentil.

–Yo creo que sí–indiqué–. Creo que no hay ninguno que se le pueda comparar. (Baroja, 1946: 264)

Unas páginas después, Tom Ship cuenta historias de algunos *clowns*, entre ellos la de un tal Boswell, que destacaba por ser un tanto peculiar y que, justamente por ello, le recuerda a algún personaje de Dickens:

–¿Y como hombre era también raro?

–En la calle era un hombre amable y fino. En la pista tenía algo de Hamlet, algo de Pickwick. Conocía la literatura inglesa muy bien y la explotaba con un talento genial. No entendiéndole se le admiraba, pero entendiéndole era único. (Baroja, 1946: 266)

Para sorpresa e incompreensión de Pío Baroja, su gusto por Dickens no era compartido por muchas de las personas que conoció en sus dos estancias en Londres. Así, recuerda que, durante su segunda estancia en Londres, en la pensión en Cavendish-Square donde se hospedaba “A los hombres, casi todos empleados de comercio, no les interesaba la literatura”, mientras que a “las señoras no les gustaban las novelas de Dickens, porque los personajes eran gente pobre y humilde” (Baroja, 1978d: 770). Una señora italiana de la pensión impugnaba los gustos literarios de Baroja, e intentaba convencerle de que “Dickens era un escritor pasado y que eran mucho más interesantes Meredith, Galsworthy y algunos otros” (Baroja, 1978d: 772). Baroja continúa explicando lo siguiente:

A estas señoras, veinte años después de aquella época, les salió un abogado para defender su teoría del buen tono. Este abogado fue el escritor Lytton Strachey, que publicó un libro sobre los autores eminentes de la época victoriana, *Eminent Victorians*, en el cual se atacaba por motivos estéticos y de buen tono a los escritores de la generación de Dickens, y también a Dickens.

La influencia de Strachey formó un grupo, llamado Bloomsbury. Tales señoras pudieron tranquilizarse y pensar que no eran los bohemios y los borrachos de Dickens los tipos interesantes de Londres, sino los jóvenes guapos y bien vestidos, con aspecto de pavos reales. (Baroja, 1978d: 770)

Prácticamente en la misma época en la que Pío Baroja viajó a la capital de Inglaterra por vez primera, estaba Ramón Pérez de Ayala trabajando como corresponsal de prensa en Londres. Al igual que Baroja, Pérez de Ayala era un profundo admirador de Dickens: “De todas las novelas que conozco, las que más me placen y regocijan son las de Carlos Dickens”—especialmente, dice Pérez de Ayala, “a causa de la frescura de su estilo, de la extravagancia de su visión, de la jocosidad de su vocabulario y de la grotesquez de su retórica” (Pérez de Ayala, 1963: 143).¹³

¹³ Además, Ramón Pérez de Ayala habla extensamente de Dickens (de su biografía y de su obra) en siete de los capítulos de su libro *Principios y finales de la*

La curiosidad de Pérez de Ayala por lo inglés surge a raíz de recibir como regalo, a los once o doce años, una pequeña gramática inglesa por parte de Philip Walsh, un ingeniero inglés entonces en Gijón. Este primer contacto temprano con la lengua le marca decisivamente—“Todo lo que ese libro había engendrado lo llevo dentro de mí” (Pérez de Ayala, 1963: 317)—y llega a reconocer a dicha modesta obra como la más decisiva de sus lecturas: “Ese modesto librejo acaso habrá influido en la trayectoria de mi vida ulterior tanto o más que todos los libros doctísimos con que luego me hube de adoctrinar o recrear” (Pérez de Ayala, 1963: 317). Pérez de Ayala fue un anglófilo manifiesto, y un lector tan ávido de autores ingleses y norteamericanos, que de los 4.500 títulos que se conservan en su biblioteca, unos 2.000 están en lengua inglesa, mostrando predilección por Shakespeare, G.B. Shaw, Swinburne, H.G. Wells, Whitman, Oscar Wilde Lord Byron, Carlyle, Emerson, William James, John Stuart Mill, Ruskin y Dickens (Coletes Blanco, 1985).

Dos fueron las estancias más importantes de Pérez de Ayala en Inglaterra. La primera, como corresponsal de prensa en Londres de abril de 1907 hasta febrero de 1908—fecha en la que regresó a España súbitamente debido al suicidio de su padre, Cirilo Pérez de Ayala. La segunda, la comprendida entre los años 1931 y 1936, como embajador de la II República Española en Londres.¹⁴ En “El culto al héroe”, uno de los artículos que escribe en Londres y que el *ABC* publica en febrero de 1908, Pérez de Ayala, reflexionando acerca de la actitud social hacia el “héroe”, escoge como ejemplo de héroe inglés a Charles Dickens. De él, si bien afirma que “no fue un genio ni muchísimo menos”, destaca numerosas cualidades que lo convierten en un narrador ejemplar:

[Dickens] fue un corazón apasionado y sencillo, un alma ingenua, para quien en el mundo existían tan sólo dos fuerzas; el bien y el mal en sus manifestaciones extremas. En sus libros siempre triunfa el bien, lo cual da a entender que si hubiese estado en sus manos el fabricar un

novela: ‘Reencuentro con Dickens en la Patagonia’, ‘La regla y la excepción en Dickens’, ‘La lente quijotesca y la visión del mundo en Dickens’, ‘La experiencia humana en Dickens’, ‘Dickens al escribir Pickwick’, ‘Cervantes en Dickens’, y ‘Rinconete y Cortadillo en Oliver Twist’.

¹⁴ Para más información acerca de la anglofilia de Pérez de Ayala, de sus estancias en Gran Bretaña y los Estados Unidos, así como para conocer más acerca de la influencia que ambas culturas ejercieron durante toda su vida, consultar Coletes Blanco (1997 y 1984).

universo, sus habitantes no se cansarían de ensalzarle. Por eso amamos sus novelas casi infantiles. Por eso y porque nadie como él conoce el secreto de hacernos reír, sin que a la risa se mezcle la amargura, el sarcasmo, el descontento de la existencia. (Pérez de Ayala, 1988: 128-129)

En la propia ficción de Pérez de Ayala también aparecen guiños a Dickens. Así, por ejemplo, en *La pata de la raposa*, Londres se convierte en uno de los escenarios de la historia, al pasar una temporada en dicha ciudad el protagonista, Alberto Díaz de Guzmán. En esta novela, calificada como “una auténtica *novela viajera*—como las primeras de su admirado Dickens” (Coletes Blanco 1987: 88), de entre los libros que Alberto tiene en la habitación del hotel, sobre la mesilla de noche se encuentra *David Copperfield*.

Los homenajes de Pérez de Ayala a Dickens coinciden con un momento dulce para los admiradores del autor inglés: tras una dramática caída de popularidad en Inglaterra unas décadas antes, Dickens repuntaba su fama nacional y su estima entre los críticos. Pérez de Ayala no podía sino augurarle un futuro aún más prometedor:

Durante la hegemonía o dictadura escéptica de Zola, Dickens decrece en la estimación pública. Este eclipse es efímero, breve. ... Hace veinte años no llegaban a cincuenta mil los ejemplares de Dickens que se vendían al año. Hoy pasan de cuarenta mil, es el autor que ocupa más alto rango en los negocios editoriales. ... Como se ve, las profecías siniestras de los intrépidos augures no llevan traza de cumplirse. (Pérez de Ayala, 1963: 80)

Claramente, el tiempo le dio la razón a Ramón Pérez de Ayala, quien, de la misma manera que hizo Baroja, “lee” Inglaterra a través de la obra de Dickens:

Dickens fue un gran pintor espiritualista. El Londres de hoy no tiene ninguna analogía con el Londres del tiempo de Dickens, en cuanto a la distribución de sus casas, monumentos, calles, etc., etc. Sin embargo, el propio espíritu de entonces habita ahora en la inmensa urbe, y podemos decir que no hay día en que algún acontecimiento callejero, algún rincón en penumbra, alguna calle repuesta de los barrios extremos, algún cochero que pasa, no nos traiga a la mente el recuerdo de aquella gran alma buena, sentimental y jocosa que animó

la romántica apariencia corpórea de Carlos Dickens. (Pérez de Ayala, 1988: 129)

El reconocimiento de la sombra del Londres dickensiano en la ciudad real de Londres no se produce para Pérez de Ayala, por tanto, a nivel físico, material. Es, por el contrario, el espíritu de Londres lo que capta Dickens, y por consiguiente lo que es capaz de sobrevivir a las múltiples mutaciones aparentes que experimenta la ciudad y sus habitantes. Para Pérez de Ayala, Dickens es un retratista del alma de Londres, un pintor cuyo mérito reside en la capacidad de plasmar lo inmaterial e inmutable. Según esta postura, no es preciso salir a la búsqueda del Londres de Dickens, sino que es el propio Londres de Dickens el que se manifiesta espontáneamente en cualquier punto del Londres real. Lo que es más, a juicio de Pérez de Ayala, Dickens cambió la manera de escribir de los ingleses al ofrecerles una nueva forma de plantear la realidad más en consonancia con su pensamiento como pueblo:

La comezón o instinto caricaturesco de los ingleses encontró su más adecuada y cabal expresión en Dickens, el cual ha inventado un léxico propio, ha cortado y zurcido una indumentaria tan a la medida que los cerebros sajones, que desde la publicación de *Picwick* todo el mundo se viste a la usanza de Dickens, adereza las ideas con pantalones paradójicos y con casacas de adjetivos incoherentes en apariencia.

El espíritu de Carlos Dickens se ha metido en el augusto bosque del diccionario inglés, y como una brisa bien humorada y alegre entre árboles centenarios, juega y retoza en el sombrío recinto, prendiendo una risa en cada rama.

En los periódicos, en los libros de literatura, hasta en los de ciencia, por todas partes corren bocanadas de esta buena brisa jocosa. (Pérez de Ayala, 1963: 144)

Tras estas afirmaciones, Ramón Pérez de Ayala ofrece numerosos ejemplos de este estilo tomados al azar de revistas parlamentarias inglesas, con el fin de mostrar que el habla de Dickens alcanza a todas las parcelas de la vida inglesa, incluyendo la política.

Las razones de la “lectura” de Londres por medio de Dickens son diferentes en Baroja y Pérez de Ayala, no obstante. Baroja “lee” a Inglaterra a través de Dickens por la misma razón por la que anda por Londres tomando a las obras de Dickens como referencia: Dickens es

el guía de Baroja en tierras inglesas, es por Dickens que Baroja va a Inglaterra, y es gracias al conocimiento del país a través de Dickens que Baroja lo interpreta. Bien se podría decir que Baroja viaja a Londres como “turista literario”, siguiendo los pasos de Dickens para descubrir lo que queda del Londres según Dickens.¹⁵ Podemos especular con que el encuentro con la realidad pudo ser en algún punto decepcionante para Baroja, quien confiesa que “[e]l Londres de Dickens debía de persistir aún; pero los héroes de este autor no podían existir más que en la imaginación de un autor genial” (Baroja, 1978d: 770). El caso de Pérez de Ayala es diferente, porque, para empezar, Pérez de Ayala sabe inglés y lo sabe muy bien. Debido a este conocimiento del idioma, Pérez de Ayala puede vislumbrar a Dickens no sólo en Londres como ciudad y en sus habitantes (que en ocasiones también le recuerdan a personajes ideados por el escritor inglés), sino que además lee a Dickens en una amplia gama de textos que, en muchas ocasiones, como hemos visto, nada tienen que ver con la literatura ni con el universo dickensiano.

De esta manera, para Ramón Pérez de Ayala era natural ver Inglaterra a través de Dickens, pues es a través de Dickens como, según él, los propios ingleses parecían haber encontrado la mejor forma de observar y comunicarse sus impresiones, no sólo acerca de su país y de sus compatriotas, sino del mundo y la realidad en general. En cualquier caso, para Baroja esta realidad londinense (o inglesa en general) parece no poder competir con la ficción dickensiana, como si el Londres real no le pudiese hacer sombra al Londres de Dickens precisamente porque este Londres de ficción lleva impresa la magistral inventiva de su estimado Carlos.

¹⁵ Para más información acerca del concepto de “turismo literario”, consultar Watson (2009, 2006). El turismo literario que gira alrededor de Dickens ha evolucionado tanto que, de las rutas turísticas dickensianas sugeridas por el monográfico ilustrado “Our ‘100-Picture’ Gallery: Through Dickens-Land” publicado por el *Strand Magazine* en abril de 1907, se ha llegado a la creación de un parque temático, el Dickens World, en Chatham, Inglaterra: <<http://www.dickensworld.co.uk/>>. La construcción del parque en su actual ubicación nada tiene que ver con un lugar asociado directamente con Dickens, ni sugerido en ninguna obra de Dickens, ni está construido utilizando estructuras o edificios históricos del XIX. La existencia de este tipo de parque, cuestiona, por tanto, el modelo estándar de turismo literario propuesto por Watson (2006: 2-5), tal y como han apuntado Gould y Mitchell (2010).

BIBLIOGRAFÍA

- Alberich, José (1966a), “Los ingleses en la obra de Pío Baroja”, *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja*, Hombres, Hechos e Ideas. Madrid, Alfaguara, pp. 121-142.
- (1956), “Temas ingleses en Unamuno y Baroja”, *Arbor*, 35.131, pp. 265-280.
- (1966b), “La biblioteca de Pío Baroja”, *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja*, Madrid, Alfaguara, pp. 37-64.
- Baroja, Pío (1946), *El hotel del cisne*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1978a), “Laura, o La soledad sin remedio”, *Obras Completas. Vol. VII*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 165-284.
- (1978b), “Los espectros del castillo”, *Obras Completas. Vol. VI.*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 1051-1071.
- (1978c), “Los impostores joviales”, *Obras Completas. Vol. VII.*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 59-164.
- (1978d), “Memorias. Desde la última vuelta del camino”, *Obras Completas. Vol. VII*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 387-1364.
- (2008a), “La ciudad de la niebla”, *Trilogías, Vol. III*, Madrid, Fundación José Antonio Castro, pp. 153-340.
- (2008b), “La dama errante”, *Trilogías, Vol. III*, Madrid, Fundación José Antonio Castro, pp. 5-152.
- Baumgarten, M. (1998), “Dickens, London and the Invention of Modern Urban Life”, ed. Rossana Bonadei, *Dickens: the Craft of Fiction*, Milán, Unicopli, pp. 195-202.
- (2001), “Fictions of the City”, ed. John O. Jordan, *The Cambridge Companion to Charles Dickens*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 106-119.
- Cardona, Rodolfo (1988), “Mendizábal: grandes esperanzas”, *Galdós y la historia*, ed. Peter A. Bly, Ottawa, Dovehouse, pp. 99-112.
- Clark, Peter (2012), *Dickens's London*, London, Armchair Traveller.
- Coletes Blanco, Agustín (1984), *Gran Bretaña y los Estados Unidos en la vida de Ramón Pérez de Ayala*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- (1985), “La biblioteca inglesa de Ramón Pérez de Ayala”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 116, pp. 939-946.
- (1987), *La huella anglonorteamericana en la novela de Pérez de Ayala*, Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia.

- (1997), *Pérez de Ayala: bajo el signo de Britannia*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico.
- Colley, Ann C. (1998), *Nostalgia and Recollection in Victorian Culture*, Basingstoke, Macmillan.
- Corrales Egea, José (1972), “Tras los pasos de Baroja en Londres”, *Insula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 27, pp. 5-6.
- Dames, Nicholas (2001), *Amnesiac Selves: Nostalgia, Forgetting, and British Fiction, 1810-1870*, Oxford, Oxford University Press.
- Davidson, Norman J. (1908), *Vignettes of London Life from Charles Dickens*, London, Seeley.
- (1910), *Vignettes of Country Life from Charles Dickens*, London, Seeley.
- Dooley, Tina (1980), “Españoles en Gran Bretaña”, *Arbor*, 105.411, pp. 297-314.
- Duque, Pedro J. (1974), “Dickens en Baroja”, *Arbor*, 88.342, pp. 93-106.
- Erickson, Effie L. (1936), “The Influence of Charles Dickens on the Novels of Benito Pérez Galdós”, *Hispania*, 19.4, pp. 421-430.
- Fludernik, Monika (2008), “The Eighteenth-century Legacy”, ed. David Paroissien, *A Companion to Charles Dickens*, Malden; Oxford, Blackwell Publishing, pp. 65-80.
- Galván, Fernando y Paul Vita (2013), “The Spanish Dickens: Under Cervantes’s Inevitable Shadow”, ed. Michael Hollington, *The Reception of Charles Dickens in Europe*, London, Bloomsbury, pp. 169-181.
- Goestch, Paul (2005), “Charles Dickens’s *The Pickwick Papers* and *Don Quixote*”, *Cervantes in the English-Speaking World. New Essays*, eds. Darío Fernández Morera y Michael Hanke, Kassel, Reichenberger, pp. 143-158.
- Gould, Marty y Rebecca N. Mitchell (2010), “Understanding the Literary Theme Park: Dickens World as Adaptation”, *Neo-Victorian Studies*, 3.2, pp. 145-171.
- Jackson, Lee (2012), *Walking Dickens’ London*, Oxford, Shire.
- Lecuona Lerchundi, Lourdes (1993), *Presencia de lo inglés en Pío Baroja*, Donostia-San Sebastián, Instituto Dr. Camino, Obra Social de la Caja Gipuzkoa San Sebastián.
- (1998), “Paseando con Baroja por el Londres de Charles Dickens”, *Insula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 617, pp. 24-26.

- Luis Botín, Marga de (1988), *Espanoles en el Reino Unido: breve reseña, 1810-1988*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad.
- McGovern, Timothy Michael (2000), *Dickens in Galdós*, New York; Oxford, Peter Lang.
- Pérez de Ayala, Ramón (1963), *Tributo a Inglaterra*, Madrid, Aguilar.
- (1988), *Crónicas londinenses*, ed. Agustín Coletes Blanco, Murcia, Universidad de Murcia, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico.
- Pérez Galdós, Benito (1975a), “La casa de Shakespeare”, *Recuerdos y memorias*, Madrid, Tebas, pp. 153-166.
- (1975b), “Memorias de un desmemoriado”, *Recuerdos y memorias*, Madrid, Tebas, pp. 193-270.
- Prades, Juana de José (1958), “Los libros de Dickens en España”, *El libro español*, Tomo 1, Parte 1ª, Madrid, pp. 515-24.
- Sicher, Efraim (2003), *Rereading the City/Rereading Dickens: Representation, the Novel, and Urban Realism*, New York, AMS Press.
- Tambling, Jeremy (2012), *Dickens and the City*, Farnham, Ashgate.
- (2013), “Dickens and Galdós”, ed. Michael Hollington, *The Reception of Charles Dickens in Europe*, London, Bloomsbury, pp. 191-196.
- Watson, Nicola J. (2006), *The Literary Tourist: Readers and Places in Romantic and Victorian Britain*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- ed. (2009), *Literary Tourism and Nineteenth-Century Culture*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- Welsh, Alexander (1968), “Satire and History: The City of Dickens”, *Victorian Studies*, 11, 379-400.
- Willem, Linda M. (1992), “A Dickensian Interlude in Galdós’ *Rosalía*”, *BHS*, 69, pp. 239-44.
- Wright, Chad C. (1979), “Artifacts and Effigies: The Porreño Household Revisited”, *Anales Galdosianos*, 24, pp. 13-26.